

qué utilidad iban á tener los fuertes actualmente en construcción.

A propósito de Port-Arthur, merece señalarse la actitud de la inmensa mayoría de la prensa y de una gran parte del público. Durante la última guerra turco-rusa, el vocabulario laudatorio era pobre para expresar las alabanzas, todas muy justificadas, los altos hechos de valor, las proezas y la abnegación de los turcos, mientras que los descalabros y las gravísimas pérdidas sufridas por los moscovitas, corrían de boca en boca; esto era debido á la sinceridad de los rusos, que ni entonces, ni antes, ni ahora han ocultado ó alterado la verdad de las cosas. Si el sitio de Plewna constituyó, legítimamente, un acontecimiento glorioso en los fastos militares, el sitio de Port-Arthur lo está dejando muy atrás; porque si bien las defensas y el artillado son mejores que lo eran los de los turcos, en cambio la guarnición es incomparablemente más corta; se halla Port-Arthur, no ya aislado del terreno exterior, sino á miles de leguas de la patria, sin esperanza alguna de socorro en varios meses, y amenazado por mar y tierra, y objeto de ataques tan furiosos como seguidos. Pero los japoneses ocultan sus tremendas derrotas, tienden el velo del silencio sobre las hecatombes de que es víctima su ejército, pregonan á todos los vientos los innumerables, aunque imaginarios, fuertes que conquistan, y, así, se suele hablar de Port-Arthur como de un lugar donde los nippones han abierto una cátedra práctica de valor, sabiduría, previsión y de todas las virtudes humanas, mientras que á los rusos se les dedican, como por cumplir un deber de lástima y conmiseración, algunas palabras compasivas.

Esa astucia política de ocultar lo que no favorece y lo que perjudica, astucia impropia de pueblos serios y que tienen conciencia de su valor y de su fuerza, de nada servirá el día en que la historia registre lo que acontece, y menos aun servirá para que muchos millares de familias dejen de vestir luto en el Japón y cesen de llorar á sus deudos sacrificados en la obscuridad.

Si la plaza no es socorrida, tendrá que sucumbir; la poseerán los japoneses, pero á tal precio que si Rusia tuviera varios Port-Arthurs en el Extremo Oriente, no necesitaría del ejército activo ó de operaciones para exterminar al enemigo. Cualquiera que sea la suerte que el porvenir depare á la plaza, glorifiquemos como se merecen á los esforzados defensores, notemos el ardimiento, no decaído, del soldado japonés, y censuremos con toda acritud la incapacidad y aun la ignorancia de los generales ó del gobierno del Mikado, que no sabemos quienes son los verdaderos responsables de las mantanzas humanas que allí tienen lugar sin fruto.

Entre las distinciones de que ha sido objeto el general Stössel, figura la muy pre-

ciada de ayudante de campo del Czar, que le permite comunicar directamente con el soberano, sin el intermedio de nadie.

El ejército sitiador se compone de las divisiones activas 1.<sup>a</sup>, 9.<sup>a</sup> y 11.<sup>a</sup>, cuatro brigadas de reserva y tropas de artillería y de ingenieros para atender ampliamente las necesidades de estos servicios; en total unos 70000 hombres.

*Operaciones en la Mandchuria (26 de Septiembre al 5 de Octubre).*—Los dos ejércitos se mantienen en las líneas que ocuparon después de la batalla de Liao-Yang, librándose ligeras escaramuzas entre las avanzadas. No ha terminado la incorporación de los refuerzos ni la reorganización de las unidades, tarea que no es probable concluya antes del 15.

El ejército del general Kuroki, prescindiendo de las tropas que han quedado á guardia para atender á los servicios de seguridad, comunicaciones y etapas, se compone de las divisiones activas Guardia, 2.<sup>a</sup> y 12.<sup>a</sup>; 40 batallones de reserva; una división de caballería, y las correspondientes brigadas de artillería; ó sea unos 75000 hombres y 276 cañones.

El II ejército japonés comprende las divisiones 5.<sup>a</sup> y 10.<sup>a</sup>; tres brigadas de reserva, y una brigada de caballería; en total 44 batallones de infantería y 9 escuadrones, con 40000 hombres y 120 cañones.

Manda el general Oku las divisiones 3.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup>, cuatro brigadas de reserva y tres brigadas de caballería, que suman 65000 hombres y 242 cañones.

En conjunto el ejército japonés disponible para la batalla es de 180000 hombres y 638 cañones. Una vez cubiertas las bajas producidas por los últimos combates y las enfermedades, tendrá Oyama á sus órdenes 230000 hombres.

Frente á estas fuerzas, el general Kuropatkin puede oponer los cuerpos siberianos mixto, 1.<sup>o</sup>, 2.<sup>o</sup>, 4.<sup>o</sup> y 5.<sup>o</sup> y una parte del 6.<sup>o</sup>, los europeos 1.<sup>o</sup>, 10.<sup>o</sup> y 17.<sup>o</sup>; 29 regimientos de caballería, y unas ochenta baterías; es decir, descontando bajas por enfermedades y acciones de guerra, 200 á 220000 hombres de los cuales una quinta parte está entre Thie-ling y Kharbin, y unos 500 cañones.

Como respuesta al decreto del Czar ordenando la formación del 2.<sup>o</sup> ejército de la Mandchuria, que ha de ser mandado por el general Gripenberg, el Japón ha modificado la ley de reclutamiento y reemplazo: en lugar de pasar los mozos al ejército territorial á los doce años y cuatro meses como hasta ahora, en lo sucesivo no pasarán hasta los 17 años y cuatro meses; esto aumentará en unos 200000 hombres el efectivo del ejército, pero falta saber si la calidad de las tropas que así se obtengan será proporcionada á su número.

JUAN AVILÉS

Comandante de Ingenieros

5 Octubre, 1904

Imp. CASTILLO.

# La Guerra Ruso Japonesa

**SUMARIO:** Lo que he visto en el Extremo Oriente, VII, por A. G. Hales.—El combate de caballería de Wa-fang-hu, (conclusión).—Escenas de la batalla de Liao-Yang.—Declaraciones oficiales japonesas, por F. Larin.—Las operaciones en la Mandchuria, por el Marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.—El ejército chino.—Crónica de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



General chino en traje de caremonia

## LO QUE HE VISTO EN EL EXTREMO ORIENTE

VII (1)

Estábamos cuatro personas en aquella estancia en nada parecida á las habitaciones

(1) Del *Daily News* del 24 de Agosto.—Llamamos la atención de nuestros lectores acerca de la fecha en que apareció el presente artículo, precisamente cuando casi toda la prensa daba como irremediable la rendición de Port-Arthur.—Nota de la R.

del Oriente; más bien semejaba el salón de un palacio. Hermosos cuadros de precio pendían de las paredes; extrañas figuras de talla nos sonreían ó hacían muecas desde los desiguales rincones de la cámara; figuras inapreciables para un coleccionista, pero que parecían espantosas á mi poco educada vista. En frente de mí colgaba una espada, de hoja muy ancha, que había cortado

innumerables cabezas, siendo el arma del ejecutor de la justicia muchos años antes de que mi país hubiese salido de la barbarie. Haciendo juego con esta reliquia del pasado, se veía un fusil antiguo, y en el rincón inmediato una carabina de último modelo.

Tapices de fina seda cubrían los huecos de las cerradas ventanas; vasos de porcelana reflejaban la luz de la lámpara que se apoyaba á través de una doble pantalla de seda carmesí. Juncos y templos, tallados con exquisito gusto, atraían mis miradas y despertaban mi admiración. Botes de tabaco y pipas de antigua y de reciente fabricación, se mezclaban con armas de guerra y trofeos de caza. Aquel era el cuarto de un soltero, de un soldado, de un viajero y *sportsman* á la vez, que poseyera el gusto de un artista y el temperamento de un poeta. Jamás lo olvidaré, como tampoco se borrarán de mi memoria las tres personas que sentadas á la luz de la lámpara hablaban conmigo de la guerra.

Una de ellas era un escritor, de cincuenta y dos años, que, lo mismo que yo, estaba muy atento á lo que se decía; la segunda era el propietario de la casa, varón de carácter franco y leal, tan respetado por los hombres como amado por los niños; la tercera era un chino, no un desgraciado coolie, sino un hombre de buena posición, de rostro vigoroso, con mirada de pensador y ademanes resueltos. Vestía traje oriental de brillantes colores y del más refinado gusto asiático. Recién llegado de Port-Arthur, donde había vivido mucho tiempo, me interesaba conocer su opinión acerca de las cosas de la guerra, y el propietario de la casa me proporcionó la ocasión de que pudiera satisfacer mis deseos.

Acababa de transcurrir una semana de la última tentativa que la flota japonesa, á las órdenes de Togo, hizo para cerrar la boca del puerto. Togo aseguró que había logrado su propósito, echando á pique algunos vapores mercantes, y todos los periódicos del mundo acogieron sin reservas la noticia. Cuando se lo hice saber á mi amigo chino, sonrió y me dijo: «No puede ser, porque acabo de llegar de Port-Arthur en mi junco. La entrada está libre, y no la podrán cerrar los japoneses mientras no tomen los fuertes del lado de tierra. Todas las escuadras del mundo reunidas no podrían tomar Port-Ar-

thur desde el frente marítimo. Es tan inexpugnable como Cronstadt.»

«Usted que ha permanecido mucho tiempo en Port-Arthur—repuse—y conoce tan bién la fortaleza, dígame francamente: ¿pueden los japoneses apoderarse de la plaza?»

«Por mar, nunca. Por tierra, tal vez, porque nadie sabe toda la extensión del poder militar del Japón; pero antes de que sucumba Port-Arthur tendrán lugar combates terribles. Los japoneses habrán de conquistarla por asalto, á viva fuerza, porque los rusos pueden resistir un bloqueo prolongadísimo. Las provisiones allí almacenadas bastan ampliamente para todas las necesidades durante todo un año y, si no se las



General Dembovski,  
comandante del 5.º Cuerpo siberiano

malgasta, para mucho más tiempo. Si Port-Arthur no cae antes de un año, más les hubiera valido á los japoneses no meterse en esta guerra.

»Todas las alturas habrán de ser tomadas por asalto, las tropas habrán de escalar rocas escarpadas y trepar por resbaladizas pendientes, bajo el fuego de la fusilería y artillería rusas; y cuando el atacante llegue á la cumbre de una posición se verá combatido por los cañones de la siguiente. Es imposible que los japoneses puedan atrincherarse en una línea, artillarla, poner sus tropas á cubierto y tomarla como base para sus acometidas sucesivas. Habrán de avanzar en derecha á los fuertes, y lanzar una columna de asalto tras otra á las fauces de la artillería rusa. Solo hay tres alturas que

les puedan servir de alguna utilidad para los ataques siguientes, y esas alturas no dominan mas que una parte de la ciudad y una porción de la bahía. No causarán daños á la guarnición mientras no se arrojen sobre ella con el fusil y la bayoneta, y antes de que esto suceda, ¡cuántos perecerán! No hay más de 25.000 rusos en Port-Arthur, pero son todos excelentes soldados, y el único modo como los japoneses pueden derrotarlos consiste en lanzar tropas al ataque, continua, incesantemente, como en el mar se suceden las olas unas á otras. Cuando los rusos rechacen un ataque, es menester que otro comience; la pérdida de muchas vidas no ha de alterar los planes de los japoneses; si quieren entrar en la plaza han de pagarla á buen precio. La fuerza del número y la impetuosidad y continuidad de los ataques, son los únicos medios que pueden tener éxito. Los rusos comerán, dormirán y morirán junto á sus cañones. Sus oficiales no son los mismos hombres que antes de empezar la guerra. Han expulsado de la población á las mujeres, esas alegres criaturas que á menudo aceptaban sus presentes, bebían sus vinos y vendían sus secretos al enemigo. Ellos han vituperado á los espías chinos y japoneses, pero á quienes debían haber vituperado es á sus propias locuras, porque los hombres que se confían á las mujeres de esa clase siempre pagan cara su licencia, más tarde ó más temprano.»

«En conciencia—le pregunté:—¿cree usted que sucumbirá Port-Arthur?»

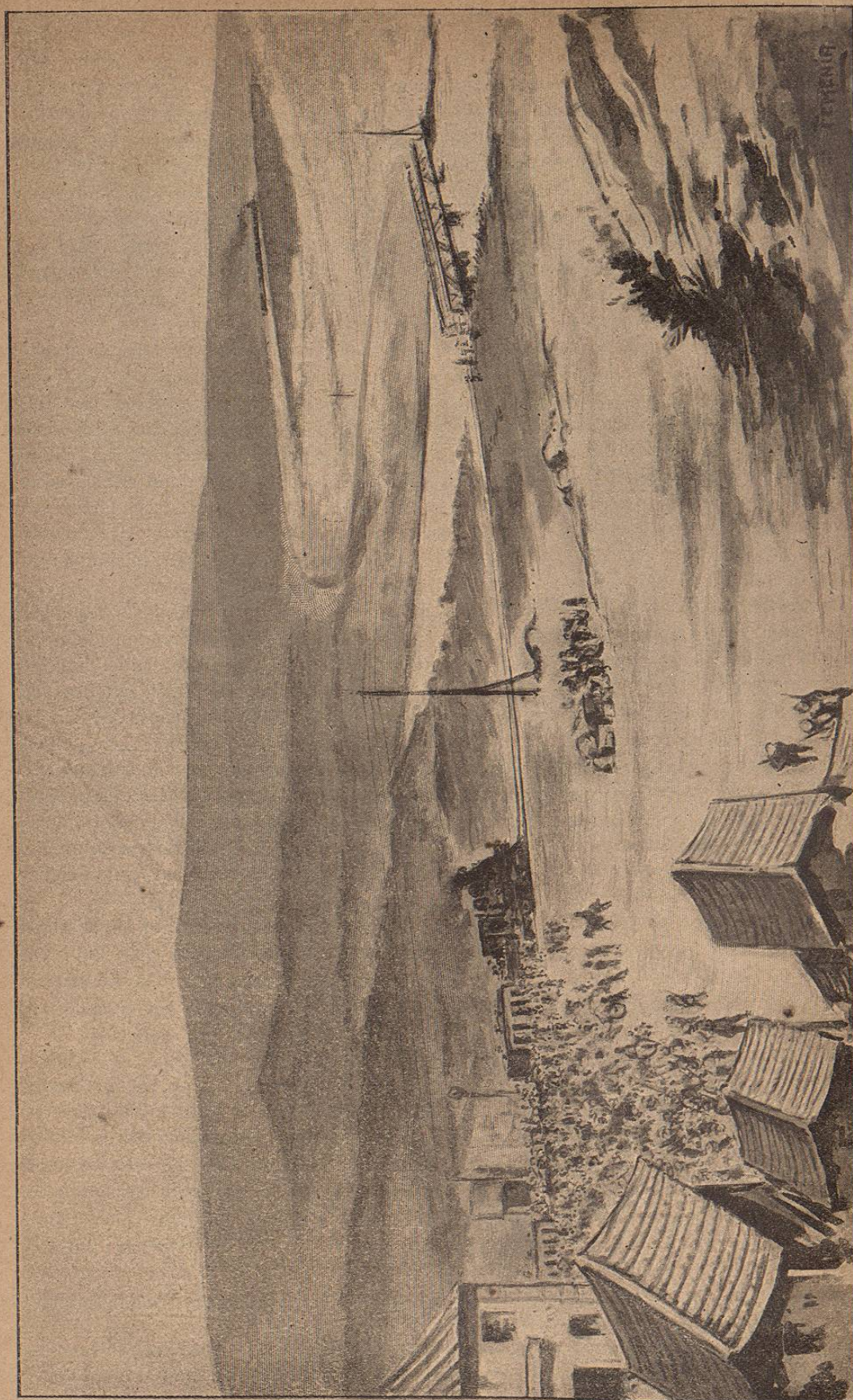
«En conciencia, no lo creo—me respondió tras una breve pausa. Pero si yo estuviera en el lugar de usted, iría allí y me daría cuenta por mí mismo. He venido de Port-Arthur en un junco, y si un junco ha podido salir otro puede entrar.»

Mi amigo y yo nos miramos frente á frente, porque el mismo pensamiento nos asaltaba hacía ya tiempo, y en realidad no parecía muy difícil realizar lo que otros habían ejecutado antes. Sabíamos que los corresponsales hacían todo género de esfuerzos para llegar á las líneas de combate de ambos ejércitos, y la verdad es que no arriesgaban mucho en ello. Si éramos descubiertos por un cañonero ó crucero ruso, les enseñaríamos nuestros pasaportes, y seguramente seríamos llevados á Port-Arthur, donde se nos permitiría ejercer nuestra pro-

fesión; mientras que si tropezábamos con un barco japonés, destruiríamos nuestros papeles, y lo peor que nos podría suceder es volver atrás, llevando una fuerte reprimenda por haber entrado en aguas prohibidas. Pocas horas de navegación serían necesarias. El riesgo más grave consistía en tropezar con un torpedo ó que nos sorprendiera la niebla y fuésemos arrojados cerca de un fuerte antes de que pudiéramos darnos á conocer. Pero los militares se exponen á mayores peligros, y por consiguiente decidimos emprender la aventura.

Mi compañero había permanecido mucho tiempo en el Extremo Oriente y conocía bien á los orientales, aunque yo no creo que ningún europeo sea capaz de conocer á fondo á esa gente. Dejele pues la elección del junco y de la tripulación. Visitamos una porción de juncos y pronto vi que la cosa no era tan fácil como me había parecido. Por fin uno de los patrones aceptó la proposición de mi amigo. Cuando nos trasladamos á bordo, hallamos en el junco á la mujer y los cinco hijos del patrón, quien nos dijo que deberíamos compartir el camarote con su familia. Rehusamos la proposición, y entonces el patrón se negó á conducirnos. Así que la mujer comprendió que era un estorbo á nuestro viaje, sentóse y nos miró de una manera que no contribuía nada á su belleza; pero al ver que su marido nos devolvía el dinero dejado como señal, se transformó en un ciclón humano y su voz nos persiguió mucho tiempo.

Al cabo encontramos lo que necesitábamos: un junco muy feo, de corte antiguo, que parecía no poder andar más allá de tres millas por hora, aun con viento fresco; pero las apariencias engañan, porque era admirable la velocidad que desplegaba cuando el viento le cogía por la popa. La tripulación la componían algunos chinos indolentes y yo abrigué vehementes dudas de que tales gentes nos pudieran llevar á Port-Arthur; mas la necesidad obliga. La destreza con que remaban y la pericia con que el patrón manejaba el timón, nos demostraron que los tripulantes eran mejores marineros de lo que parecían. Aun después de haber salido el junco á alta mar y de que la brisa comenzara á hinchar la vela, continuaron remando; pero cuando siete ú ocho horas más tarde, encontramos una flotilla de embarcacio-



Evacuación de enfermos, heridos y material de guerra, durante la batalla de Liao-Yang

nes pesqueras que regresaban á la costa, dieron señales de lo que llaman los marineros americanos «tener los pies fríos». Preguntamos al patrón y nos dijo que los pescadores, con quienes nos cruzáramos, habían contado á nuestra tripulación que el mar Amarillo estaba sembrado de torpedos, y que los barcos de guerra rusos y japoneses castigarían con dureza á los juncos que cogieran en aguas de Liao-Tung. Entonces acordamos con el patrón que pondría el rumbo á Ta-tsing-ho y luego cruzaría el golfo para desembarcarnos lo más cerca posible de Port-Arthur si no podía entrar en la rada. La primera parte del viaje se hizo en magníficas condiciones, pero después del encuentro con los pescadores, la tripulación del junco se mostró desasosegada; cada sombra en el agua les parecía un torpedo sumergido, y el menor sonido lo atribuían á los cañones de un crucero que nos perseguía.

En la segunda noche pasó cerca de nosotros un destroyer japonés á toda velocidad; proyectó la luz de su reflector sobre el junco y siguió adelante, porque sin duda otros asuntos le preocupaban más que nuestra débil embarcación; después supimos que andaba en busca de un barco ruso que había salido de Port-Arthur. Nuestra tripulación que ya tenía «los pies fríos» antes del encuentro con el destroyer, quedó completamente desconcertada, y la torpeza con que maniobró después nos dió á comprender que no serviría para nada en caso de que las circunstancias fueran críticas. Los marineros pasaron el tiempo escudriñando el horizonte por si aparecía algún acorazado, ó inclinándose sobre las bordas en busca de algún torpedo oculto por las aguas.

En la noche del siguiente día corrimos un verdadero riesgo, porque casi tropezamos con un torpedo flotante. Durante unos tres minutos, mientras nos separamos lentamente del torpedo, los tripulantes se agruparon en la popa, y contemplaron aquella máquina infernal como si les hubiera fascinado; ciertamente no era lo que ellos imaginaban, pero á pesar de su ignorancia comprendieron que se trataba de un objeto casi sobrenatural lanzado al mar por demonios en forma humana.

Entonces entraron en calor sus pies, tomaron posesión del junco, y en poquísimos

momentos pusieron la proa hacia el puerto de donde habíamos salido, demostrando la velocidad que es capaz de adquirir un junco cuando se le maneja con pericia. Llamamos al patrón, pero éste se sentó sin conmoverse, y cargando su pipa diónos á comprender que «el junco estaba en manos de sus dioses y de su tripulación» ¡él no podía intervenir, pero nos dejaba en libertad para que nos dirigiéramos á los marineros! Tratamos de imponernos, y fuimos arrollados por el número. Es cosa bien poco agradable ser atropellado en la cubierta de un junco por marineros chinos, y mucho menos cuando el viento lo impulsa con una velocidad vertiginosa, y la embarcación, inclinada bajo sus velas, embarca agua por la borda y está á pique de zozobrar.

No quisimos extremar la lucha, y por vergonzoso que fuera adoptamos el partido de sentarnos al lado del patrón, donde permanecemos hasta que se nos consintió ponernos de pie, es decir, hasta que el litoral de la China apareció á lo lejos. Entonces nos hicieron saltar á un bote para que nos pudiéramos en salvo.

Cariacontecidos y de mal humor dimos fin á nuestra aventura, pero lo que sentimos puede fácilmente ser imaginado, si agrego que dos días después supimos que cuatro ó cinco barcos de guerra rusos estuvieron cruzando los lugares en que nos mantuvimos cerca de dos días, de suerte que si nuestro regreso se hubiese retrasado diez ó doce horas habríamos sido recogidos por los rusos, facilitándonos nuestros pasaportes el libre desembarco en el más grande teatro de la guerra de los tiempos modernos.

A. G. HALES.

#### EL COMBATE DE CABALLERIA DE VA-FANG-HU

(30 de Mayo)

(Conclusión)

»En un abrir y cerrar de ojos, los cosacos armados de lanzas (la mitad del total), pasaron á la primera fila y subieron al terraplén.

—»¡Vivo! ¡Más deprisa!—gritó el capitán, soltando un juramento. Toda la sotnia, desplegada en forrajeadores, franqueó el terraplén. Ribasof, entusiasmado por el sesgo que tomaba el combate, bajó el primero; también el capitán corría delante, y los cosacos galoparon en orden de carga.....

»Entonces se desarrolló un combate de caballería, en circunstancias verdaderamen-